

En Novedades *Los pecados del siglo XVI* han atraído concurrencia; su éxito ha sido regular.

Variadas ha dado en esta Pascua *El suplicio de Tintalo*, y la *Corte de los milagros*. De estas como de las demás hablaremos por su orden en la revista inmediata. Por ahora nuestra misión de observadores y examinadores no está concluida: después reuniremos las observaciones, compararemos y Dios mediante emitiremos nuestro juicio.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

CUATRO PALABRAS

SORRE LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

(CONCLUSION.)

La escultura y la arquitectura, aunque están lejos de poder competir con la pintura que tan brillantemente venimos renacer en España, han ocupado sin embargo un puesto en la Exposición, como para protestar que no por culpa de los artistas, sino por efecto del carácter de nuestro siglo, se encuentran en irremediable postergación y atraso.

Respecto de la escultura, bien puede asegurarse que rara vez floreció en nuestro suelo bajo la forma clásica: los artistas del siglo XVI, olvidando la tradición de los siglos medios, que conservada por Gil de Siloe parecía animarse de un espíritu de sencillez y gravedad no desemejante del que revela el arte antiguo, prefirieron la espresion y movimiento dramáticos de la escultura italiana ó bien la fastuosidad decorativa, dejando escasísimos ejemplos que probasen su aptitud en géneros distintos. En cambio sus sucesores en los dos siglos siguientes, desentendiéndose de toda idealidad ó buscándola fuera de la belleza de la forma, requisito esencial del arte plástico, no se propusieron mas objeto que copiar la realidad viva con tan exagerada exactitud que pudiese confundirse la representación con su modelo. Estos emplearon muy poco el mármol y el bronce; usaron el color como inseparable de la escultura, y para completar la ilusión de los espectadores acabaron por vestir la mayor parte de las estatuas con telas verdaderas y ponerles cabelleras y peñas de pelo natural después de remedar la brillantez de los ojos con órbitas de vidrio.

Así llegó á hundirse la escultura en el realismo mas grosero, perdida ya la poesía, aunque estraviada, con que animaban sus obras los artistas del siglo XVII, cuando los estudios críticos y el influjo de las academias vino á detener la corriente del mal gusto y á encaminar la admiración del público hácia los magníficos restos de la antigüedad. Hubo entonces un segundo renacimiento mas ilustrado y conocedor de la edad clásica que el precedente, pero por desgracia el carácter de la época era harto distinto, las circunstancias no favorecían ya el desarrollo del arte, y no hubo, por lo tanto, inspiración que correspondiese á los afanes eruditos. La obra de la crítica fue meramente pasiva: acabó con el mal gusto; pero no infundió fecundidad en el bueno; y si á su amparo se formaron escuelas de enseñanza, todavía no ha podido formarse una verdadera escuela en el sentido artístico de la palabra, esto es, una reunión de ingenios que sin renunciar su propia originalidad tengan ciertos puntos de semejanza y como de familia que indiquen la existencia de un principio activo y vigoroso de inspiración común.

Hoy, pues, la escultura vive de imitaciones y recuerdos: el vulgo, ni la entiende, ni se apasiona por ella, y no faltan escultores que para llamar la atención acudan á medios tan impropios del arte y casi tan pueriles como el ya espresado realismo. No por esto negamos, sin embargo, que haya y pueda haber escultores en este siglo: el ingenio bien puede aisladamente trasportarse á la época que mas le favorezca para buscar la inspiración que no encuentra en la suya; lo que no creemos es que el arte en general pueda trasportarse de igual modo y vivir y prosperar sin base ni raíces en el sentimiento popular contemporáneo.

Ahora bien; volviendo á la Exposición, diremos que en ella está reflejada toda la historia de la escultura española: desde la estatua gótica hasta la imitación de los antiguos modelos, sin escluir la fastuosa y dramática figura del renacimiento y la imagen colorida, toda está allí representada y no hay recuerdo artístico que falte. Sin embargo, se nota por fortuna que prevalece como dominante la tendencia á seguir el buen camino llevando por guía la severidad y grandeza propias del gusto clásico. Mas cómo juzgar de esta parte de la Exposición? Hay una crítica que recae sobre los artistas, pero hay otra inútil que solo puede dirigirse contra la época. No dudamos que los señores Bellver, Gonzalez y Vallmitjana, por ejemplo, han dado en sus estatuas de Matatías, Ganimedes y la Tragedia muestras de verdadero ingenio: suponemos que no han imitado á nadie ni han tenido presente obra alguna; pero tendrán por esto originalidad dichas estatuas? No, seguramente; porque si no existe modelo determinado, lo reemplaza el género á que cada una de ellas pertenece, en el cual

como en terreno espigado no es posible encontrar fruto nuevo. El género, repetimos, recuerda multitud de creaciones de tal importancia, que eclipsan las actuales y les roban con la energía el sello de originalidad á los ojos del espectador. Estas obras están sujetas por necesidad á una competencia peligrosa, y para resistirla habrían menester de tanta corrección y atildamiento que por lo menos no desmereciesen en perfección material de sus rivales, lo cual no sucede así por desgracia, y hé aquí el defecto de sus autores; defecto no obstante disculpable, porque fiado cada cual en su inspiración, creyó que podría darla á conocer, lo cual bastaría para salvar su hechura.

La condición de un arte erudito es tal, que reclama del artista cuando menos tanto trabajo como inventiva: la escultura pudo en un tiempo preferir la grandiosidad y belleza de conjunto á la corrección, pero hoy requiere precisamente todo lo contrario, porque oscurecida la originalidad, queda al escultor como principal tarea evitar toda clase de defectos, lo cual pertenece mas al estudio que á la fantasía. En nuestro juicio, pues, y sin descender á pormenores de corrección, porque sería necesario anotarlos delante de la obra, reconociendo el ingenio de los escultores y haciendo la justicia debida á su buen deseo, creemos no obstante, que sus producciones valen menos que ellos, por falta quizá de paciencia, pero falta sin excusa en el estado en que se encuentra el arte. Todavía para mayor escrupulosidad, podemos decir que si tomásemos cada estatua por separado y como si fuera la única de su clase, para juzgar por ella al autor, encontraríamos en los artistas de que se trata algunos dignos de figurar por su ingenio en igual línea que algunos de los pintores cuyos cuadros honran la Exposición; pero después, considerando las obras en el lugar artístico que ocupan, con los recuerdos que despertan y la importancia que el público puede darles, no encontramos ninguna que raye en la misma línea que los cuadros, cualquiera que sea el género que se escoja.

Pasando ahora á la arquitectura, aun la encontramos reducida á condición menos envidiable: este arte, la mas grande de todas: la que en el mudo lenguaje de sus formas descifra á los ojos del sentimiento el enigma de los siglos; la que tiene al artista por intérprete y por inventores á un pueblo y una época, porque no bastan inspiraciones individuales para tan elevada representación de creencias, sentimientos y costumbres; este arte, en fin, que dió al ingenio humano medios de transmitir á las futuras generaciones lo que la palabra, acaso por rudeza de las lenguas, no pudo espresar en determinados tiempos, no ha encontrado aun la transformación correspondiente á nuestro siglo. La arquitectura vive enclavada en las épocas que la cultivaron con fortuna, y de allí tomamos prestados elementos y bellezas para engalanar nuestros edificios utilitarios en que la ciencia, el poder y la abundancia en vano procuran suplir la grandiosidad artística, la cual no es hija ni del cálculo ni del oro únicamente.

La escultura recuerda y se inspira de modelos de otro tiempo, pero aun queda cierta libertad al escultor por mucho que lo limiten las circunstancias; mas la arquitectura no solo es reflejo, sino copia y repetición servil de lo que fue; y el arquitecto que, esquivando el oficio de constructor, procura remontarse á edad mas próspera del arte, se ve reducido á trazar en el papel edificios imaginarios, anacronismos peregrinos que por maravilla tienen realización posible. Así no es extraño que en la Exposición abunden las copias, los edificios irrealizables, ó bien los proyectos en que la construcción, la ciencia y el oficio figuran como parte principal, y el arte como accesorio. Lo único que en nuestros días puede probarse en materia de arquitectura, es que hay buen gusto para admirar y reproducir, y acertada enseñanza para mantener el buen gusto; esto es precisamente lo que demuestran las obras presentadas al público, y por cierto de una manera no poco satisfactoria.

Por último, las artes auxiliares, grabado y litografía, se ajustan exactamente por el número é importancia de los ejemplares que las representan en la Exposición al estado en que se hallan los ramos de que participan. Como reproductores de la pintura y fundados en uno de sus principales elementos, no desmerecen, antes gozan de igual prosperidad que dicho arte, al paso que como obras de industria indican por su escasez relativa no ser grande todavía el desarrollo de aquella en España, para lo que debe ser, y esperamos que pronto sea, atendido nuestro continuo adelanto. Con sumo gusto citaríamos obras y autores, si no temiésemos al nombrar alguno cometer la injusticia de omitir á otros de quienes nuestros lectores pueden juzgar por los trabajos que de continuo estampan en las columnas de nuestro periódico: ellos darán la mejor prueba de su valía.

Si ahora se nos preguntase el resultado de nuestros juicios; si se nos pudiese el concepto que hemos formado en general de la Exposición, no dudariamos en poner las consideraciones puramente artísticas á otras de índole distinta, pero que en nuestro sentir son aun mas inequívocas y elocuentes. La Exposición de 1862 ha escitado tenaces controversias, sañudas críticas y escisiones en el público, los espositores y hasta en el mismo jurado que habia de calificar las obras: durante dos

meses no ha habido en Madrid otro asunto de conversacion que los cuadros; la política misma, tan seductora para los mas indiferentes, ha quedado entretanto relegada á secundario lugar; todos los periódicos se han creído obligados á emitir parecer y aun reproducir el ageno sobre la materia; los salones de la Casa de moneda se han visto llenos á todas horas de numerosa concurrencia de todas clases; en suma: ha habido verdaderos tumultos de opinion... ¿Qué puede significar todo esto?

Para nosotros solo quiere decir que el arte vive, que su porvenir está asegurado, que así lo ha decidido el público en general; porque cuando el público entero se apasiona es porque hay verdadera causa que le mueve, porque reconoce interés en ella, y porque la cree viva y fecunda, de manera que si la viese herida de muerte la salvaria con su propio calor y su entusiasmo.

JOSÉ FERNANDEZ GIMENEZ.

LA EXPOSICION UNIVERSAL DE LONDRES.

(CONCLUSION.)

XV.

EL JAPON Y LA CHINA.

Los dos imperios que forman el tema de este artículo son tan desconocidos para la generalidad de las gentes, como el interior del Africa ó las inexploradas regiones de la Australia central. Su origen se pierde, sin embargo, en la oscuridad mas remota; su poblacion es inmensa, y su civilizacion data desde una época en comparación con la cual la civilizacion europea empezó en el día de ayer. China especialmente era ya un grande imperio cuando Rómulo marcó con el arado el círculo dentro del cual habia de fundarse esa capital del mundo cristiano que cuenta veintiseis siglos de existencia. Ningun imperio ha sido tampoco mas estable, ni mas próspero, si el crecimiento de la poblacion puede tomarse como criterio de prosperidad. La China, que en el año 1393 contaba solo con poco mas de sesenta millones de habitantes, tiene ahora nada menos que cuatrocientos millones de almas.

Aunque no tan importante, el imperio del Japon, cuenta con tantos ó mas habitantes que la Francia y es todavía mas desconocido que la China. Nifon y Kiusiu, los volcanes activos, coronados de eternas nieves como los del Etna y el Vesubio, de Fusi y Siro-Fama: el lago de Fakoni, considerado con supersticiosa reverencia por los japoneses; el *Mikado*, ó primer emperador del Japon; el *Ziogan*, ó segundo emperador, y los *daimios* y *saimios*, ó gobernadores, constituyen una especie de logogrifo ininteligible que muy pocos se cuidan de descifrar á causa de su dificultad.

En 1854 un tratado comercial con los Estados Unidos abrió el puerto de Simoda al comercio extranjero, y otro tratado con los ingleses en 1858 estipuló la apertura de Yedo, Wakadadi, Kanagawa, Nagasaki y otras ciudades mas á las comunicaciones mercantiles con las naciones europeas. Al obrar así, el gobierno japonés se ha mostrado mas liberal que el país que rige, pues que este no cesa en su sanguinaria hostilidad contra los extranjeros, de la cual son pruebas evidentes las repetidas tentativas para asesinar á los miembros de la legación inglesa en Yedo y el asesinato reciente del comerciante Anderson. Este sentimiento de terrible y constante animosidad contra los extranjeros ha sido espresado en uno de los objetos de porcelana exhibidos en el departamento japonés de la Exposición. En uno de sus platos habia representadas dos señoras japonesas, ataviadas á la moda francesa, con sombrerillos, chales, anchos vestidos de seda con grandes faralares, y mitaques de marca mayor. La una mirando con un anteojo de larga vista y con cierto abandono al mar, y la otra con algunos frutos europeos en sus manos, primorosamente calzadas con guantes franceses. En el fondo de la pintura otras dos señoras del Japon en el traje del país, contemplaban con horror el aspecto de estas dos mujeres degeneradas y corrompidas por las costumbres extranjeras, que tenían su vista fija en el mar como aguardando ansiosamente á los bárbaros para darles la bienvenida. Esta sátira espresa con suficiente claridad el estado de relaciones existentes en la actualidad entre la Europa y el Japon.

La coleccion japonesa en la Exposición no ha sido exhibida por los mismos industriales de este imperio; por lo tanto no puede considerarse como una fiel representación de su industria. Como en 1851, esta coleccion se debe al patriotismo de un particular. Mr. Alcock, representante de S. M. B. en Yedo, ha prestado ciertamente un servicio á su patria mandando por su cuenta á la Exposición una tan rica, variada y curiosa coleccion de objetos. El distintivo característico de estos es su extraordinario y cómico aspecto. Los industriales y artistas japoneses son decididamente las gentes mas humoristas del mundo. Los pequeños artículos de metal son irresistiblemente grotescos, y hacen asomar la sonrisa á los labios del mas grave y serio pedagogo. Difícilmente podria formarse una coleccion mas numerosa de caricaturas y monstruos tan raros en metal,

bronce y platina. Estos están al mismo tiempo bien dibujados y perfectamente ejecutados. Entre otros llamaban la atención un hombre luchando con un perro, una mujer asustada por un espíritu, una gran tortuga con otra muy diminuta sobre la espalda, varios dragones, sapos, insectos y otra multitud de animales y figurillas humanas adaptadas á broches, hebillas, y botones que sería difícil enumerar y describir.

La colección de armas no ha sido ni rica ni numerosa, no habiéndola formado los mismos fabricantes; pero estas es bien sabido que las producen en un temple tan admirable como el que les comunican las fábricas de Toledo y Damasco. Una espada de primera clase cuesta en el Japon 10,000 reales, aunque no puede dejarse de considerar que el precio del oro en aquel lejano país escede apenas un triple del de la plata en Europa. Los japoneses son un arsenal ambulante, y la gente de pró en el Japon tiene el derecho de llevar y lleva siempre dos ó tres espadas pendientes de la cintura. La embajada japonesa que vino á la exposición, y que constituyó por sí sola una de sus principales curiosidades, podía haber provisto ella sola de espadas á todos los oficiales de un regimiento. La espada es entre ellos la insignia del rango, y esta arma es transmitida de padres á hijos y de generación á generación como un título ó una herencia preciosa. Sus diestros espadachinos repiten de vez en cuando la hazaña de Godofredo de Bullion dividiendo á un hombre en dos pedazos de un solo golpe. Entre otras espadas han sido exhibidas, una de dos manos y de extraordinaria longitud, y otra mas corta, usada por los asesinos mencionados cuando atacaron la legación británica en Yedo. Una cota de malla y una bota de cuero con algunas monedas del país, pertenecientes á los mismos, se veían tambien con curiosidad en este departamento.

Entre los artículos de bronce habia un candelero de tres pies tan ingeniosamente construido, que podía doblarse y reducirse casi al tamaño del sobre ordinario de una carta. Las monedas de plata del Japon son espesas y cuadradas, y las de oro redondas y finas. La mayor de estas últimas es de tres pulgadas de largo por dos de ancho y su valor en el Japon de unos 130 reales. Esta moneda, que pesa cerca de una onza de oro de buena ley, valdria por lo tanto mas del doble en los mercados monetarios europeos. Parte de la circulación de este extraño país es, sin embargo, en papel, y Mr. Alcock nos ha mostrado algunos de sus billetes de banco en la exposición. Sus progresos en la fabricación de papel dejan á una distancia considerable la misma industria en los países mas civilizados. Los fabricantes europeos han llegado á hacer muebles de papel, y tal vez lleguen á construir buques con este material, como ha pronosticado el ministro de Hacienda británico; pero es difícil que lleguen á fabricar con él gabanes á prueba de agua, cueros, pañuelos, vajillas, pantalones y paraguas. Los japoneses lo usan tambien en todos los demás objetos para que sirve en Europa, ademas de los mencionados.

Entre los libros exhibidos, llamaban mucho la atención una guía de la corte con el nombre y las señas de los principales personajes de la capital, una curiosa enciclopedia, y varias otras obras cómicamente ilustradas para el estudio de los niños. La colección de carteles anunciando las funciones teatrales de Yedo, escribaban una grande hilaridad, y son una prueba evidente de que el teatro es en el Japon un lugar de reunión y diversion tan á la moda, como en las ciudades mas refinadas del viejo continente. Sus objetos de porcelana y de goma laca, son inimitables, y entre los fabricados con este último material, habia gabinetes, cajoneras, mesas, pequeñas cómodas, vajillas, bandejas, una de estas con el escudo de armas del ministro de Estado japonés, y otros innumerables artículos. Entre los jarrones y los vasos se observaban algunos de estilo etrusco y romano, y otros con forma moderna europea. Las muestras de las copas en que los japoneses beben el saxi, la única bebida embriagadora que usan, eran escasas y no de las mejores que fabrican. La colección de sus instrumentos quirúrgicos y matemáticos era mas numerosa, y entre estos últimos figuraban una esfera, un cuadrante, una brújula, un pelómetro, un reloj, un telescopio y un termómetro. Los industriales del Japon se hallan tambien adelantados en los tejidos de algodón y seda, la tapicería y los artículos trabajados con el cabello. El largo rabo que se dejan crecer en la coronilla de la cabeza, les habilita sin duda para lucirse en esta industria y construir cables de pelo que, como uno que han exhibido, pueden sujetar á un navío. Su farmacopea es formidable y sus extrañas drogas, sus minerales, sus productos agrícolas, y sus pinturas ilustrando sus hábitos y costumbres, comunicaban al departamento japonés un interés y atractivo de que carecían otras, mas brillantes sin duda, pero menos interesantes, instructivos y grotescos.

La China es mas conocida que el Japon y el té y la seda, y los establecimientos de los ingleses en Canton, Hong-Kong y Shanghai, la posesion de Macao por los portugueses y las últimas guerras han dado bien á conocer á la hora esta el imperio celeste á los europeos. El incendio y el saqueo del palacio de verano del emperador por los ejércitos aliados de la Francia y la Inglaterra durante la última guerra y la entrada de estos

en Pekin, han añadido tambien inmensamente á los conocimientos que ya poseíamos de la historia, los hábitos y costumbres, las artes y la industria, y el comercio de tan vastísimo imperio.

Los objetos mas notables del departamento chino, han sido sin disputa los exhibidos por Lady Michell, procedentes del mencionado palacio. El cráneo humano montado en oro fino, que se supone ser del filósofo Confucio, y que perteneció probablemente á algun jefe rebelde degollado por el gobierno imperial cuando era mas fuerte que ahora, es una alhaja apreciada en 100 000 reales, que fue vendida por una batzela por el soldado que se apoderó de ella en dicha memorable jornada. El espaldar del trono de S. M. chinesca, es un mueble de madera de ornamentación mas elaborada que artístico, sembrado con toda clase de monstruos horrendos, de unas dimensiones colosales, y que en cuanto á su antigüedad, pudo haber servido al mismo Noé cuando se salvó en el arca con una pareja de cada uno de las otras clases de animales. Los grandes jarrones de china esmaltados en oro y toda clase de bellísimos colores, y de la famosa forma del huevo, son tipos soberbios y riquísimos, producciones del arte cerámica, dignas de los primeros museos de Europa. Los chinos no han degenerado ciertamente en la prodigiosa neta que tienen de trabajar el marfil. Esas maravillosas bolas de este precioso material, esculpidas las unas dentro de las otras ¿cómo las trabajan? ¿qué artistas europeos han podido imitar todavía estos incomprendibles artículos? El artista Ho chino se ha puesto en ridículo elogiando hiperbólicamente sus propias obras; pero, aparte de esto, es menester convenir en que dice perfectamente la verdad al proclamar en alta voz que los dos grandes jarrones octógonos trabajados en el marfil que ha exhibido son las obras mas hermosas que el mundo ha visto en su género, desde hace mil años. Su forma, sus innumerables y microscópicas figuras representando cuadros de costumbres, ó episodios históricos, sus entrepaños calados y transparentes como finísimo encaje y su elegante esbeltez, son mas fáciles de apreciar con la vista que de describir con la pluma. Figuras horribles representando dioses adorados y hombres ilustres que florecieron muchos siglos antes que empezase la limitada cronología del mundo occidental; muestras admirables de esculpidos en madera; artículos de bronce y lujosas armas; autógrafos del emperador y del rey de los taepings, ó rebeldes; gorros, en forma de soldado, de los mandarines, con los célebres botones distintivos del rango; zapatos que deben haber buscado su modelo en la antigua caravela ó el junco del pirata chino; jardines en miniatura de esa prodigiosa planta llamada té de que tantos cargamentos se esportan todos los años y cuyo solo derecho de esportación produce anualmente 300 ó 400,000,000 de reales al tesoro imperial; muestras de sus riquísima seda, de la cual hace tantos prodigios Lyon; minerales y drogas, y papel, y tejidos, y libros impresos en caracteres que absorben toda una vida para comprenderlos y dibujarlos; instrumentos matemáticos y guantes; arbol para los labios y las mejillas de las bellezas chinas;—porque la coquetería es cosmopolita,—y toda clase de especícos con nombres revesados para conservar la tez fresca y el cabello negro y pegado á la cabeza; todo esto y muchas cosas mas que omito para no ser tachado de prolijo, se admiraba en el departamento chino. Para los filólogos que con tanto entusiasmo trabajan por el establecimiento de una lengua universal, no será, sin embargo, inoportuno apuntar aquí el nombre de algunas de sus prodigiosas drogas.

Kun-chuang, por ejemplo, es recomendada para la jaqueca; *Chup-luch*, para ser tomada interiormente en la cura de la oftalmía; *Huag-Ea*, se administra para el dolor de costado; y *Kun-chi*, constituye, en fin, el antidoto mas eficaz, descubierto hasta ahora, contra los cabellos blancos. Estos remedios serán todo lo eficaces que quieran los chinos, pero mientras no simplifiquen y hagan inteligibles sus nombres, es un tanto difícil que los adopte la Europa.

La exhibición universal de Londres nos ha dado á conocer la mayor parte de las grandes obras del ingenio humano; y no decimos de todas, porque en algunas de las regiones que nos son desconocidas acaso existan productos de la industria, que como los del Japon y la China llamasen con justicia nuestra atención, no solo como maravillosas obras de arte, sino tambien como efectos de otra civilización, de diferentes costumbres y tendencias que la nuestra.

No queremos concluir la tarea de cronistas de un hecho tan notable, como lo es el de la última exposición universal, sin repetir de nuevo, que semejantes concursos, no solo sirven para el progreso de toda clase de industria, sino que tambien influyen muchísimo en las instituciones y contribuyen á la confraternización de los pueblos. ¡Ojalá que todas las naciones imitasen la conducta de la nación inglesa!

J. S. BAZAN.

EL CAFÉ.

El café pertenece á la undécima clase de las familias de las rubiáceas de Jussieu y á la pentandria monogi-

nia de Linneo. Se conocen varias especies de café; en el Perú hay cuatro, en la costa occidental de Africa dos, y otras dos en la India oriental; pero estas especies no merecen una mención particular, por lo cual nos ocuparemos solo del llamado *coffea arabica*.

Este arbusto es originario de la Abisinia segun la opinion de Hoeffler, y no de la Arabia como generalmente se cree; su raíz es rojiza y poco fibrosa; sus tallos crecen hasta seis ó siete metros de altura; sus ramas que forman cruz son flexibles, nudosas y redondas. Algunos viajeros aseguran que en la Arabia hay cafetos que llega á tener 40 pies de alto y cuyo tronco tiene un diámetro de medio pie. Las hojas son pecioladas, ovaladas y enteras; sus flores son blancas con corola tubulada; estas flores exhalan un olor dulce y suave. El fruto es una baya colorada del tamaño de una cereza, con dos cáscaras de corteza muy fina; en cada una de ellas hay una semilla dura, ovalada y convexa por un lado con una hendidura por el opuesto cubierta con una túnica; este fruto es lo que llamamos grano de café.

La opinion admitida mas generalmente es la de que el café proviene del Yemen ó Arabia feliz, *terris faba mis-a Sabaris*; Hoeffler dice, sin embargo, que es originario de la Abisinia y Raynal, cree que su verdadera patria es la alta Etiopia donde se cultiva desde la mas remota antigüedad. Un viajero francés que tuvo ocasion de ver este café con frecuencia y hasta de hacer uso de él, dice que es mucho mas grueso, un poco mas largo, menos verde y casi tan aromático como el que se empezó á coger en la Arabia á fines del siglo XV.

Se cree generalmente que un mollah llamado Chadely, fue el primer arabe que hizo uso del café para librarse de una somnolencia continua que le impedia entregarse á sus devociones nocturnas; viendo el buen efecto que le habia producido esta bebida, algunos dervishes siguieron su ejemplo, siendo imitados despues por una multitud de personas de diferentes clases. De las orillas del Mar Rojo pasó á la Meca y á Medina, y los peregrinos lo extendieron por todos los países mahometanos.

Raynal dice, que en estos países se abrieron casas públicas donde se servia café y donde los ociosos pasaban el tiempo oyendo á los poetas que recitaban sus versos y á los mollahs predicando sus sermones. En Constantinopla el gran mufti prohibió el uso del café, pero parece que esta prohibición no fue suficiente para desterrarle. Como quiera que sea, ignoramos la época precisa en que se empezó á tostar y á usar como bebida, aunque se supone que este descubrimiento no tuvo lugar antes de la primera mitad del siglo XV. Ninguno de los escritores de la antigüedad hace mención de esta planta, ni tampoco la citan los modernos anteriores al siglo XVI. El primer europeo que se cree que tuvo conocimiento del café, fue un médico alemán llamado Leonardo Bauwolf; su obra se publicó en 1573 y las noticias que dió en ella son inexactas en ciertos detalles. El café fue, sin embargo, perfectamente descrito por Próspero Albinus, que habia estado en Egipto como médico del cónsul de Venecia, en sus obras tituladas *De plantis Egypti* y *De medicina egyptiorum*, publicadas en 1591 y 1592. El abate Rozier dice que Aublet asegura, que durante el reinado de Luis XIII de Francia, el cocimiento de café se vendia en el Chatelet de París con el nombre de *cahoré* ó *cahovet*. Esta asercion no parece del todo infundada, principalmente si consideramos que la palabra *cahoré* ó *cahovet* parece tener cierta analogía con el nombre que dan al café en algunos puntos del Asia, pues los malayos le llaman *káva*, los persas *kávéh*, etc.

Un café público se abrió por primera vez en Londres en 1652. Un inglés llamado Edwards, que habia sido comerciante en Turquía y en otros países del Levante, llevó consigo á Londres algunos sacos de esta semilla y un criado griego que estaba acostumbrado á prepararla; su casa se llenó bien pronto de curiosos que iban á ver y á gustar esta nueva bebida; por lo cual, deseando complacer á sus amigos sin perjudicarse á sí mismo, permitió á su criado hacer y vender café públicamente. A consecuencia de este permiso el criado abrió un café en Newman's Court Cornhill, en el mismo punto en que está ahora el café de Virginia. El primer café público que se abrió en Londres despues del gran incendio de 1666, fue el de Garraway. Carlos II trató de suprimir los cafés públicos que habia en su tiempo, por un decreto publicado en 1673; la razon que daba para justificar esta medida, era decir que concurrían á ellos gentes «que propagaban rumores falsos, calumniosos y escandalosos, que tendían á la difamación del gobierno de S. M., tratando de turbar la paz y la tranquilidad de la nación.» Habiéndose consultado la opinion de los jueces con respecto de la legalidad de este procedimiento, estos contestaron «que la venta de café por menor seria un tráfico inocente en sí, pero que como servia para alimentar la sedición, propagar calumnias y desacreditar á los hombres importantes, podia ser tambien perjudicial á la generalidad.» Por la misma causa habian sido mandados cerrar poco tiempo antes en Turquía.

Mr. de la Roque dice que el uso del café fue introducido en Francia entre 1640 y 1660 y añade que el primer café público para su venta en Francia fue abierto en Marsella en 1671. Sin embargo, á pesar de esto el café apenas fue conocido hasta 1669 mas que por los